

-6-

M^o ENCARNA SANAHUJA YLL - TERESA SANZ COLL **Pasión de ser: la amistad entre mujeres**

A nuestras amigas

*Escribeme tu felicidad, sencilla, breve,
como aquellos zapatos tuyos de colegiala que se quedaron
hincados en mí,
como aquellas confianzas de nuestro despertar en los
pupitres,
como aquel "te quiero" de domingo en el cine, soñado
durante la semana.
Igual, amiga, igual .¹*

Nos conocimos aún en la clandestinidad, en el 74; una de nosotras daba algunas vueltas en la órbita trotskista y la otra giraba también, más satélite que órbita, en el centro de un grupo maoísta. Pero ni Mao ni Trotsky llegaron a enfrentarnos: aunque una se marchó fuera de Barcelona por un tiempo, la otra la encontró en las *Primeres Jornades Catalanes de la Dona*, en mayo del 76. Desde entonces el movimiento feminista se convirtió en un marco y en un cultivo donde construir nuestra amistad y después nos unió la valoración de ser mujeres... y ahora nos une, además, un compromiso común de trabajo y de vida cotidiana que va resultando especialmente fructífero y solidificador de aquellos sentimientos. No ha sido siempre fácil. En algunos momentos nos hemos alejado pero a pesar del conflicto o precisamente por el conflicto nos hemos vuelto a unir, siempre con más fuerza.

...Porque no somos idénticas. Una de nosotras siguió la línea más "organicista" de la militancia (dejó el partido maoísta y se organizó en el Colectivo Feminista, el Partido Feminista más tarde) y la otra no militó nunca en sentido literal, encontró su "línea" en significar y significarse como mujer en el ámbito de la enseñanza; una de nosotras trabaja en la Universidad, arrastrando el binomio feminismo/academia; la otra da clases en un Instituto, donde estos binomios son, por ahora, menos claros... A veces hemos entrado una en el campo de la otra, a veces, no... Y también tenemos a veces amigas comunes y no comunes... y amigas que nos hemos exportado mutuamente.

Por eso, hoy, nuestra concepción de la amistad es tan positiva, tan valorada, y nos sentimos tan cómplices entre nosotras y con las demás que hemos decidido escribir este artículo para vindicar y dar sentido político a este tipo de relación, básico entre mujeres: la amistad.

Nuestros abuelos, padres, tatarabuelos...

Recuerdo un ruido infernal que también me constituye...²

Victoria Sau en una conversación mantenida con una de nosotras insistía en la necesidad de no abandonar la crítica constante al patriarcado, aunque nos parezca ya redundante y aburrida, porque su poder -decía- todavía permanece invisible en muchos aspectos.

La igualdad y la diferencia son dos lugares de pensamiento que también elabora el patriarcado en su persistente lucha por perdurar. Ambos lugares se conciben como dos caras de la misma moneda y como refuerzo y exaltación de la cumbre piramidal ocupada por el androcéntrico *uno*, el absoluto y supuestamente neutro *uno*, respecto al cual sólo existen dos opciones: deseirlo (deseo ser él, me fundo en él) o reconocer su inaccesibilidad (me alejo de él). El *uno* no concibe la disparidad horizontal, sólo la diferencia en orden vertical. Entiende la diferencia como inferioridad y no como dispari-

dad. El *uno* es ajeno a la alteridad, por tanto nos niega y, paradójicamente, la *negación sistemática de nuestro ser* también nos constituye: no se puede negar la nada.

Y no queremos olvidar. No olvidar nos permitirá evitar otra errónea construcción semejante por antagónica, que ha ocurrido tantas veces en la historia.

Nuestras abuelas

*Hay rumor de lo eterno
en la vida que fluye* ³.

Tiempos duros y extraños vivieron nuestras abuelas. *Ser* mujer parecía significar *estar* sometida, pagar una culpa y procrear (¿habrá realmente en la maternidad una complacencia de mujer, una complacencia irreductible, específica y lírica que atenúa o favorece la resignación histórica de *no ser*?).

La voluntad ontológica de las mujeres debió, no obstante, manifestarse de diversas maneras. De algunas de ellas tenemos constancia. Como ya hemos mencionado más arriba, no se concebía racionalmente otra opción que la diferencia sexual humillada pero, dentro de ese marco, muchas mujeres recuperaban existencia *no estando*. Es decir, renunciaban a ser mujeres sometidas y procreadoras y se aislaban agrupándose y afianzándose en/con otras mujeres, desparamando su *ser* sexuado de diversas maneras. Unas buscaban su presencia espiritual en el supuesto más allá, en la fusión apasionada con un Dios inexistente e invisible como su propia identidad y lo encontraban o *la* encontraban en un rechazo radical y también apasionado del mundo:

*...Destas mercedes tan grandes queda el alma tan deseosa de gozar del todo al que se las hace, que vive con harto tormento, aunque sabroso; unas ansias grandísimas de morirse y ansí, con lágrimas muy ordinarias, pide a Dios la saque de este destierro...*⁴

Otras, también a través del mutuo apoyo, constituían grupos que, *estando* fuera de la norma, expresaban, libremente, su voluntad generosa de *ser* en y para los desprotegidos (as). Sus manifestaciones fueron múltiples y se expresaron en todos los estamentos: brujas, mujeres artistas de la nobleza, monjas...

Hubo también mujeres con medios o posibilidades semejantes a las masculinas para acceder a la cultura que utilizaron el lenguaje escrito, aunque les era bastante ajeno, para intentar expresar más concretamente su concepción sexuada del mundo, su deseo de *estar*, *siendo* diferentes. A menudo, se disculpaban por esta tremenda osadía de querer *ser* también *estando*, aunque ostentaban, a la vez, una sabiduría "alternativa". En cualquier caso, constituían "lugares" de excepción y de sublimación, que eran un reducto de protección frente a lo inhóspito del entorno y que contenían también ingredientes metadefensivos y afirmativos que colmaban una realidad no formulada pero ya vivida:

*Porque hay algo distinto
porque se desvanece
de pronto lo que sobra
y no existe el vacío
sí queremos colmarlo* ⁵.

Esta es la herencia de nuestras abuelas. Todas entendemos algo de brujería, nobleza y santidad...

Nuestras madres

*...Ha llegado la hora de llevar a cabo una revolución en la condición de la mujer, ha llegado la hora de devolverle la dignidad perdida y conseguir que, como parte del género humano, reformándose a sí misma, contribuya a reformar el mundo ...*⁶

Nuestras madres quisieron aplicar literalmente los conceptos emancipadores y prometedores de igualdad (punto de partida), fraterni-

dad/sororidad (relación no bélica, no competitiva) y libertad (expresión independiente del *ser*). Pronto se encontraron con que se trataba de conceptos restringidos al varón blanco y rico. No obstante, se había disparado apasionadamente la voluntad de *ser estando* sin pedir disculpas ni permiso. La voluntad de tener un lugar propio en el mundo -un mundo que, por primera vez, parecía adquirir "proporciones domésticas" y que podía colmarse en sí mismo sin necesidades metafísicas-, constituyó el deseo de las feministas ilustradas. El deseo estaba claro y bien formulado: al transformarnos positivamente y al obligar al mundo a contenernos dentro, éste, de modo inevitable, también se transformaría positivamente. Pero, otra vez, nuestras madres desparramaron su voluntad de *ser* en un esfuerzo por demostrar que podían *estar*, que debían *estar*, y cayeron, a menudo, en la trampa del Universal, que no aceptaba otra existencia y que rentabilizó a su favor el esfuerzo femenino, considerándolo "neutro", es decir, masculino.'

Hoy, dos siglos después, las mujeres siguen persistiendo en el mismo deseo con la misma pasión, aunque con enunciados más sexuados, menos pretensiosos de universalidad:

... Sus palabras invitan a mirar la realidad como algo que puede cambiar porque nosotras mismas podemos cambiar...'

Entre estas dos manifestaciones de deseo, tan próximas y diversas a la vez, existen doscientos años de lucha de las mujeres por *estar* en el mundo *igual* que los hombres. Lucha que interesadamente intenta ser fundida y confundida con una patética batalla por *ser* iguales a los varones.

La práctica de la política de la igualdad, como medida del *estar*, produjo en nosotras (las hijas), respuestas no sólo de desencanto sino también de indignación, insatisfacción y fraude: aunque no resultara difícil llegar a la situación de iguales al modelo masculino, es siempre poco rentable. Ajustarse a ese modelo exige la renuncia a una misma, a lo propio, a nuestro sexo, exige recluir la identidad

específica en los ámbitos de siempre, afectividad/amor/familia, de manera que en el proceso de igualdad no cambia nada, sino que se produce un desdoblamiento de consecuencias a menudo nefastas (doble trabajo, esquizofrenia...).

¿A quién representan las mujeres que nos representan en la política de la igualdad? La diferencia de *ser* mujer no se contempla en el pensamiento patriarcal de la igualdad, por tanto no puede ser representada en esta política. Por otra parte, la igualdad nos ha ido proporcionando derechos de ciudadano, pero siempre ambiguos, rebajados e imprecisos, con respecto a la voluntad de *ser* ciudadanos.

Algunas mujeres creyeron que ése era un buen comienzo y su buena obra histórica, y trabajaron en ello con intensidad. Y algunas lo siguen haciendo. Es cierto que unas pocas han llegado a conseguir alguna parcela de poder que, sin embargo, no ha podido ser de y para las mujeres. ¿Su empeño por *estar* les ha hecho olvidar el *ser*?... Su herencia resulta muy confusa.

También es confusa la herencia de las mujeres que rechazaron el proceso emancipatorio, las llamadas "antifeministas". Unas se manifestaban así por miedo, por pereza, por "enajenación" patriarcal. Otras, emancipadas materialmente por condiciones de clase, rechazaban la lucha por un proceso que, sin duda, no les iba a reportar nada nuevo y quizás porque sospechaban, por propia vivencia, que con la emancipación no llegaría la liberación. Pero jamás anunciaron sus sospechas, si es que las tuvieron, y su rechazo puede parecer también de índole patriarcal.

Más enriquecedora resulta la herencia de algunos grupos de mujeres que, explicitando o no sus críticas o dudas respecto al movimiento emancipatorio, han ido elaborando, paralelamente, otra realidad, una realidad propia y diferente, bien siguiendo el hacer de nuestras abuelas, bien continuando el tejido de Penélope:

Sabem com n'es

*d'impossible, de fer
reneixer el lli
d'on nasqué aquest
llarg fil que, ara, tu
tens entre els teus dits* ⁸.

Estamos pensando sobre todo en los grupos de mujeres lesbianas, jamás opuestas radicalmente al movimiento, pero tampoco completamente identificadas con él, y en mujeres que, individualmente, a través de conductas "ex-céntricas", se reconciliaban con su *ser* mujer, expresándose en el ámbito más libre posible: el arte.

El legado más precioso para nosotras es el de las madres que hemos elegido (en cuanto a que son madres históricas tenemos un margen de elección). Se trata de aquellas mujeres que descubrieron su *ser* mujer en las luchas emancipatorias. No precisamente cuando lograban los objetivos que se habían propuesto, sino antes y después. Antes, cuando juntas, mujeres muy diferentes cultural, económica y socialmente, se reconocían en un "común" indefinido, aunque muy tangible (¿el deseo de *ser*?). Y se gustaban, se admiraban, se sentían fuertes, afirmadas y felices. Y después, cuando lo que se había conseguido, se mostraba inmediatamente insuficiente, insatisfactorio, y desencadenaba, por tanto, otro objetivo común (¿el deseo de seguir *siendo*?).

Su proceder consolidó muchos logros que, paradójicamente, tendemos a olvidar y que nuestras hijas consideran ya consustanciales a su sexo:

1- Un conjunto de condiciones materiales de emancipación que, si bien no acaban de ser satisfactorias, específicas, ni "para todas las mujeres" todavía, siguen un proceso irreversible de crecimiento. No lo olvidemos.

2- Un testimonio ya explícito de nuestra presencia en la historia, de nuestra omnipresencia -diríamos nosotras-, hecho que fortalece y

afirma individual y colectivamente a las mujeres.

3- Y, sobre todo, un bagaje experimental, un inventario complejo de ensayos y errores, de críticas y autocríticas, de ideas, estrategias y caminos, fallidos o no. Un bagaje que no podemos rechazar si queremos constatar y hacer crecer lo que *no* tenemos de *igual* a los hombres, lo que es irreductible del *ser* mujer, lo que debe contener en su interior un mundo que sí va a ser diferente porque vamos a habitar en él de forma plena.

Nuestras madres nos han dejado un deseo sin conclusión, nos han constituido como deseo de *ser* mujeres, *estando* en el mundo y de *estar* en el mundo *siendo* mujeres. Esta no es ya una dicotomía, sino nuestra condición. Y es ahora cuando la diferencia sexual se nos muestra como el único lugar idóneo de resistencia y alternativa. El lugar donde podemos constituir libremente nuestro *ser*.

*Levanté con los dedos el cristal de las aguas,
contemplé su silencio y me adentré en mí misma* ⁹.

El camino, sin embargo, parece desolador en un principio. Todo lo que el lugar de la diferencia tiene de prometedor, de liberador, se ve de pronto neutralizado por la omnipresencia del pensamiento masculino. ¿Acaso el patriarcado no ha elaborado también la diferencia? Sí, ya lo hemos dicho antes, los hombres han construido un "simulacro" de la diferencia de la mujer. Y así como a la mujer no le sienta bien el traje de la igualdad, mucho más inadecuado encuentra el traje "masculino" de la diferencia femenina. El lenguaje, el pensamiento, las conductas, están impregnados de injerencias que nos son ajenas. No contamos con un sujeto objetivo ni mal ni bien construido que nos avale referencialmente; ni confiamos, por falta de hábito histórico, en la sabiduría de las mujeres. ¿Con qué seguridad vamos a realizar las operaciones de desvestirnos realmente de ropajes absurdos? ¿Con qué certeza buscaremos otros más adecuados si en ningún lugar del mundo nos sabemos afirmadas? No es cuestión de buscar nuevos modelos sino de desvertirnos y contem-

plar nuestra desnudez. La desnudez de cada una de nosotras y la desnudez de todas.

Hasta ahora nos hemos encontrado con dos concepciones de la diferencia: la primera tiene que ver con el pensamiento interesado de lo no vivido (patriarcado); la segunda, en cambio, se relaciona con la experiencia no pensada de lo vivido (feminidad). Ha llegado quizás el momento de tomar conciencia de la experiencia vivida que, contrastada con la de otras mujeres, sin intervención masculina, va a permitir iniciar la realización del deseo de ser realmente libres. Esta es la cuestión básica del diferencialismo sexual, cuya clave consiste en garantizar la diferencia, aislarla con seguridad, autonomía y libertad, buscar un cauce de gestación "no contaminado" en los debates epistemológicos o políticos, en las posturas esencialistas, culturales o biológicas, en las estrategias separatistas o integradoras.

Nuestras hermanas

*...La diferencia sexual representa una de las cuestiones o la cuestión que debe pensarse en nuestra época ...*¹⁰

*...Quiero decir además que este partido de la libertad femenina, si queremos ganarlo, hay que jugarlo en seguida: es el partido de nuestro tiempo ...*¹¹

La ansiedad para alcanzar la libertad femenina agrupa, hoy, a nuestras hermanas alrededor de dos actitudes políticas divergentes. Una enfatiza la autorreferencialidad, la otra pretende garantizar la relación democrática entre dos diferencias (la mujer y el hombre).

Hacer orden simbólico

...Con lenguaje filosófico, yo afirmo que saber amar a la madre da el sentido auténtico del ser. Lo que quiere decir que lo positivo precede a lo negativo, lo efectivo precede lo posible y el presente es anterior al futuro y al pasado. Sí, también al pasado, y es en esta luz que más

*brilla donde está el valor de la respuesta reconocedora hacia la madre...*¹²

Por mucho que la lucha feminista ha desplazado significantes, incluso los ha multiplicado por lo menos por dos (masculino y femenino), no ha conseguido todavía desplazar la tozudez de los conceptos que estos significantes expresan. Un único mundo simbólico patriarcal sigue sosteniendo todas las operaciones humanas. Por ello, el feminismo ha obtenido muchas victorias *boomerangs*.

No obstante, está emergiendo una nueva concepción del mundo, una nueva filosofía, con un objetivo básico: la elaboración (¿recuperación?) de un mundo simbólico propio, con centralidad sexuada de mujer y, consecuentemente, con el encuentro de la identidad femenina individual y libre. Se trata de una política que no pretende enfrentarse con el orden y la ley, una política que se sitúa en un "no codificado", en un "más allá del diálogo entre iguales", en un *sopra la legge*. No pretende modificar directamente la realidad, sino únicamente "hacer" orden simbólico a partir de una ética en concordancia: actuar con parámetros que garanticen la centralidad simbólica femenina. Exponiéndolo de una forma narrativa: nosotras reelaboramos simbólicamente la relación con nuestra madre que nos da la vida y la palabra (antes y por encima de la voz del padre). Negamos su negación patriarcal y, por tanto, la nuestra. Le devolvemos su voz expropiada, en la nuestra. Nos autorizamos también a partir de relaciones y de referencias complejas (intelectuales, afectivas, sociales) entre mujeres. Nos reforzamos en la recuperación de una historia femenina evidente aunque silenciada. Finalmente, sintiéndonos seguras y respaldadas, expresamos lo que nuestros ojos observan como si vieran por primera vez desde nuestro cuerpo sexuado. Convertimos esa expresión en afirmación política ("política en primera persona", "política de las mujeres" o "partir de sí") en un proceso que nosotras denominaríamos la historia del desplazamiento femenino de los significados.

Dejad que sin zapatos siga andando y regrese

de muy lejos al pecho caliente de mi madre ¹³.

El grupo *Diotima*, organizado alrededor de la Librería feminista de Milán, ha ido publicando periódicamente una serie de trabajos que, paulatina y tenazmente, van caracterizando una estructura de relaciones entre mujeres que parece garantizar la resistencia al patriarcado y la redención de nuestro *ser*. La propuesta consiste en invertir el proceso de desautorización de la mujer que el patriarcado ha realizado a lo largo de la historia: cancelación de la mujer como un "yo", desautorización y negación de la figura materna, anulación de un mundo simbólico donde nuestro sexo tenga centralidad, abolición de genealogías y mediaciones femeninas.

Nos encontramos, sin duda, con una nueva forma de entender el mundo, una interpretación ex-céntrica respecto a la patriarcal, desplazada voluntariamente y que promueve, sin duda, una nueva "realidad" ¿Se trata de una nueva metafísica? Desde un punto de vista sí: su esencialismo podría consistir en la concepción de que nacer en cuerpo de mujer es *ser* diferente. Es un apriorismo y, a la vez, una teleología (es un principio y un fin). Sin embargo, este pensamiento de la diferencia rechaza, tanto la calificación de esencialista, como la necesidad de rebatirla.

La filosofía de *Diotima* se relaciona con algunos presupuestos del *pensiero debole*, comparte sugerencias derridianas, y también foucaultianas, y se acerca al vitalismo autoafirmativo de Nietzsche. Se encuentra con la postmodernidad en una crítica feroz al logocentrismo (a menudo, indiscernible del androcentrismo) y en el énfasis apasionado (aunque a veces también desolador) de la "opinión particular" y de los "coyunturales" lugares de encuentro como únicas certidumbres sostenibles.

La diferencia sexual es una cuestión de cuerpo, de carnalidad, de un irrenunciable nivel de concreción. Encarnar palabras, pensamientos, actitudes, es, sin discusión, sexualarlos. Tal punto de vista sobrepasa posiciones culturales o de coyuntura. Se trata de una cuestión irre-

ductible: el encuentro indiscernible entre la individualidad femenina y su sexo no es generalizable en forma de modelo epistemológico; es un principio material de toda construcción ideal desde la diferencia sexual. Su producto es el de un doble alumbramiento: nacer de nuevo mujer y, en consecuencia, engendrar otro mundo que nos hospede. La idea analógica de una concepción y parto laboriosos y lentos, apenas perceptible la una y espectacular el otro, la exponen con precisión las autoras de *Mettere'al mondo il mondo* ¹⁴. La dualidad de nacer engendrando no es ya una paradoja.

La producción de un desplazamiento de todos los significados y un alumbramiento de nuevos signos resulta ya imparable e irreversible. La afirmación y felicidad que supone el entender este proceso es todavía un privilegio de unas pocas, cuyo gesto de crear recreándose encuentra inevitablemente dificultades de extensión, transmisión y articulación con otras (os). Cuanta más elaboración y creación de nuevas vivencias libres del mundo, más ajeno, más extraño y absurdo se va mostrando el "simulacro patriarcal". Y, por otro lado, más disparatadas (lo dispar-atado todavía por lo idéntico a sí mismo) parecen nuestras sugerencias. La extensión, la comunicación de esta nueva y dispar manera de vivir, va a ser fundamental, no sólo para las mujeres en general sino en particular, para las mujeres que van generando el pensamiento de la diferencia. Para nuestras hermanas, pues, la libertad, la felicidad de *ser* mujer debe poderse ejercer en cualquier lugar y situación y no sólo en pequeños sectores o guetos, bajo pena de permanecer en situación dispar-atada.

Construir el sujeto mujer

*... Para expresar una intención real y no un querer superficial, las mujeres deben resolver la oposición entre subjetivo y objetivo en lo que concierne a la identidad, notablemente histórica, del género humano...*¹⁵

Luce Irigaray, una de las generadoras del feminismo de la diferencia,

ha formulado recientemente unas propuestas que nos han sorprendido y, en algunos aspectos, desconcertado. La política que defiende es más dialéctica que autorreferencial respecto a la realidad "ya dada" y más continuista con el pensamiento moderno. Insiste en la urgencia de desnegativizar la diferencia sexual femenina integrándola en el marco concreto de la democracia. Rizando un rizo hegeliano, Irigaray considera una necesidad imperante objetivar el sujeto mujer y darle características de "referente fuerte", como las que posee el sujeto masculino. Este *él* masculino, genérico, es un sujeto erróneo (porque no concibe la diferencia y se delimita con la nada, la muerte) pero está objetivado y permite la dialéctica *yo particular-yo genérico* (no soy el todo ni soy la nada, soy una parte del todo). En cambio, cuando una mujer habla de *yo, tú o ella*, detrás de estos particulares no existe ningún *ella* fuerte (¿objetivo?), sólo aparece el mismo *él* impertinente o la nada, el desasosiego (yo soy la carencia de aquella parte del todo...) Esta cuestión afecta también, de modo inevitable, al diálogo entre mujeres. Mientras no exista un sujeto mujer objetivado, los diálogos continuarán siendo discursos de particulares, no serán más que uno+ uno+ uno... Las mediaciones entre mujeres, según Irigaray, necesitan también un elemento referencial exteriorizado, un distanciamiento que autorice esta relación en favor de las mujeres y no sólo de algunas mujeres.

Por otra parte, la citada filósofa considera enriquecedor y positivo el encuentro de diferencias. En este sentido, nos ofrece una provocativa reflexión sobre el amor heterosexual como lugar emblemático de encuentro de dos diferencias irreductibles. Dicho amor es, además, el único lugar en el que el patriarcado acepta las dos diferencias como opuestas y necesarias para la reproducción de la especie. Para Irigaray, el amor podría ser leído de la siguiente manera: el hombre abandona puntualmente su seguridad objetiva (su ser ciudadano, genérico) para sumergirse en un ámbito, en una fusión placentera (sin codificar, por tanto desasosegadora) que le hace descender al mundo "animal" que hay en él y cuya debilitación está justificada por la utilidad de tal acción: la reproducción (la lucha contra la muerte, la trascendencia). En esta misma fusión, la mujer

se entrega, se en/ajena, se funde con lo objetivo como ideal. Sale puntualmente de su naturaleza "anodina", negándose para servir al género humano procreando. Esta fusión placentera anuladora es, sin embargo, el lugar donde puede situarse cualquier posibilidad de cambio y reelaboración de la relación diferencial del género humano, por ser, como hemos indicado, un lugar sin codificar (debido a su pertenencia a la "animalidad" del ser humano). Al mismo tiempo, también es el lugar primordial del que parte la codificación patriarcal, un lugar donde se unen de una forma no dialéctica las diferencias: lo particular y lo general, lo objetivo y lo subjetivo, lo público y lo privado... Lugar idóneo, pues, para deconstruir el "montaje" del padre y para construir un nuevo mundo que contemple a la mujer como diferencia no negativa.

El amor, insiste Irigaray, constituye un lugar donde pueden confluir dos diferencias radicales: el sexo hombre y el sexo mujer. Toda cosmogonía, toda visión del mundo debe explicitar estas dos diferencias fundamentales. Resulta necesario concebir el universal de modo distinto. El universal debería contener por lo menos dos diferencias: el sujeto mujer y el sujeto hombre. Ambos constituyentes se afirmarían en sí mismos y por no ser el otro. La delimitación de la identidad femenina o masculina no sería la negación, sino la alteridad, concebida como "lo que yo no puedo ser nunca", "lo que puede interesarme por no ser yo", por ser diferente. La propuesta de Irigaray provocaría, a su entender, unos resultados lógicos absolutamente revolucionarios:

1-Acabaría con conceptos tales como superior/inferior, en favor de lo diferente y autónomo.

2-Anularía los deseos totalitarios de posesión: "siempre habrá algo que yo no puedo ser, ni poseer".

3-La dinámica humana se centraría en el diálogo, en la relación contraprestadora, en el amor como conocimiento del otro (a), en una relación engendradora de vida (como creación, no como reproducción).

4-La relación entre cada diferencia tendría una dialéctica "triangular" compleja. Yo soy yo en tanto a mi pertenencia a un sexo determinado que se define y limita por no ser el otro, que nunca será mío, ni propio...

Todas estas cuestiones se exponen en el polémico libro *Amo a tí*¹⁶, que contiene también una propuesta política que aspira a incidir en el Parlamento Europeo con el fin de elaborar un nuevo código civil de derechos sexuados.

Nosotras: las amigas

No soy un género, no soy un concepto.

Soy esta mujer.

*Y quiero que me llaméis por mi nombre*¹⁷.

Nosotras nos consideramos afortunadas porque nacimos ya con la conciencia feliz de ser mujeres. Desde una estructura vital -la amistad entre mujeres- que hemos concebido siempre como irrenunciable (la vimos en nuestras madres y la vivimos personalmente), nunca se nos ha "hundido" el mundo de la igualdad, porque nunca hemos querido ser como los hombres (hecho que parece ser recurrente en la experiencia de bastantes mujeres como previo a optar por el pensamiento de la diferencia sexual).

El marco de la amistad nos ha resuelto muchas paradojas: las diferencias individuales entre nosotras nos han encontrado, sorprendido y afirmado en primera persona singular y también nos han encontrado las coincidencias y nos han sorprendido y afirmado en primera persona plural.

Nos reconocemos en la experiencia del deseo de " leer la realidad que cambia por el amor femenino de la libertad"¹⁸. Y esta lectura ha de ser "indiferente" (volveremos luego sobre este concepto), no sólo a los códigos de interpretación establecidos sino también a la manía de codificar, de "atar" la realidad desde fuera. Pero también recono-

ce mos en nosotras este deseo de concretar con fuerza nuestro *ser*. Porque existen momentos en los que nos interesan básicamente los aspectos que nos unen, que nos relacionan con las (os) demás. Estos aspectos son de separación inconcebible de nuestro yo más particular y privado, reclaman explicitación y son, por esencia, producto de común/icación... y la comunicación precisa códigos.

Nosotras creemos en la explicitación concreta de lo que llamamos nuestro "subjetivo común" (por evitar la pretensión de verdad fija y externa del concepto "objetivo" sin renunciar a lo coincidente), no como modelo reductor y generalizable sino como plataforma liberadora de deseos. Porque nuestra experiencia sabe la fuerza que tiene un deseo explícitamente compartido, de la misma manera que también sabe de mediaciones constrictoras, que sólo autorizan fusiones, confusiones o "ecos".

¿Cómo nos situamos ante la propuesta de resignificar el amor como lugar de encuentro y afirmación de dos diferencias? Nos parece una propuesta ambiciosa y arriesgada. El amor, en todos sus aspectos y preferencias, es el lugar más mediatizado por la cultura patriarcal. Es uno de los lugares más artificiales, más elaborados interesadamente. El amor suele reproducir *lo uno* en las uniones de dos. *Lo otro* resulta siempre debilitado, confundido, consumido. ¿Cuántas veces hemos afirmado ante el comportamiento autonegativo, sumiso o dependiente de una mujer "está enamorada", "está perdida", "esperemos que se le pase"... Luce Irigaray se ha arriesgado mucho al utilizar metáforas quizás demasiado "contaminadas" (nuevas nupcias, contextos paradisíacos, pájaros, flores...) para resignificar la alegría del amor desde la diferencia sexual. Tal vez confió en su reconocida autoridad para desplazar significados. No confirmó esa autoridad en el feminismo de la diferencia sino que la buscó sobre todo, según explica en su libro *Amo a tí*, en la juventud, que no quiere oír hablar de emancipación, pero sí de una nueva manera de amar desde dos diferencias creativas, no reproductivas, curiosas y respetuosas de lo otro, no absorbentes ni anuladoras, pues se limitan y se centran mutuamente y no compiten.

Ojalá fuera fácil resignificarnos en el amor en esos términos, aunque quizás no sea imposible. De hecho, también nos resulta difícil resignificar el concepto "autoridad" (la que sabe más, por tanto a callar y escuchar) en "aur oridad" (la luz que me ilumina cuando, y sólo cuando, yo quiero mirar). Y también resulta arduo conseguir que el nuevo significado de la expresión "mediación femenina" nos haga olvidar su tradicional y pobre sentido de instrumento, medio, remedio... Todas las palabras llevan lastres y todos los sentidos también y a veces funden o confunden el deseo y pretenden domesticar la libertad.

Más escépticas nos sentimos ante la propuesta de sexuar los derechos civiles. Sabemos que la implantación o derogación de una ley ha llegado siempre tarde respecto al deseo/necesidad de quienes desencadenan su demanda. Las mujeres reconocen su libertad antes (y/o a pesar de) una ley o no la reconocen. Pero también nuestra historia personal reclama una matización importante. Muchas luchas y debates públicos al respecto han provocado "desde fuera" considerables modificaciones "internas". Muchas de nosotras hemos puesto nombre a la autonomía y al valor inalienable de nuestro cuerpo gracias a la experiencia activa y reflexiva promovida por las luchas para la despenalización del aborto o contra las violaciones sin que, de hecho, necesitáramos en aquellos momentos personalmente ninguna ley.

¿Son antagónicos, pues, el proceder político de Luce Irigaray y el de las mujeres que defienden el *sopra la legge*? Puntualmente lo parecen. Sin embargo, en nuestra experiencia vivida, se encuentran y se separan en los momentos menos previstos. Ambas posturas son modos de practicar la libertad femenina desde la diferencia sexual en niveles de concreción distintos. Ambas posturas buscan tenazmente librarse de la presión autoritaria del referente del cual difieren. Esta búsqueda crea, paradójicamente, una atroz dependencia que caracteriza, a su vez, gran parte de la retórica del pensamiento de la diferencia sexual y se manifiesta en el abuso de preposiciones ("*por encima de la ley*", "*vacío de norma*", "*con, dentro, de, desde, fuera...*

lo ya dado"). ¿Qué fuerza afirmativa tiene la preposición frente al sustantivo al que se pre-pone? Todas las experiencias de la diferencia sexual parecen pre-posicionales todavía. Quizás el "subjetivo común" de todas estas experiencias constituya nuestro "sustantivo", quizás todas estas vivencias produzcan una práctica que permita que cada una de nosotras pueda *ser* sin pre/posicionarse. Ojalá se cumpla el deseo de Irigaray de que este siglo "piense la diferencia" recogido y subrayado por Luisa Muraro cuando dice que "hay que ganar el partido de la diferencia".

De todos modos, el lenguaje es más pobre y más lento que los acontecimientos y persigue acotar la realidad sin conseguirlo jamás definitivamente. Oposiciones irresolubles en el lenguaje, en las teorías, se resuelven en la práctica por disolución. Opuestos teóricos como la igualdad y la diferencia, por ejemplo, se resuelven en nuestras vivencias en coincidencias positivas entre mujeres, como la voluntad de *ser*, y en otras que nos parecen negativas, como la recurrencia en mantener el mismo referente. Nos reconocemos -sin concebir "pecado" ni confusión- en diferentes prácticas de la política de la igualdad, de la misma manera que nos reconocemos -últimamente quizás más- en prácticas concretas de la política de la diferencia, aunque no nos signifiquen plenamente ninguno de los dos discursos.

Nuestro deseo -compartido con las amigas- es salir con "indiferencia" de este triángulo retórico de "Las Bermudas" que nos hace desaparecer. "Ser indiferentes" a los tres vértices: lo uno, lo igual y lo diferente. Dejar de nadar en la nada y subir a tierra firme, a tierra madre. Aquí las dimensiones cambian y se concretan ante nuestra mirada. La igualdad ha sido y sigue siendo una medida importante y liberadora para muchas de nosotras (y para muchos hombres). Una medida reordenadora del mundo a partir de la desautorización de diferencias privilegiadas y arbitrarias. La igualdad es una medida de "sentido" de lo común, a partir de la cual se nos hacen intolerables tanto las opulencias como las miserias humanas. Y esa misma medida, ya interiorizada, nos centra y nos empuja a superar sensa-

ciones individuales de inferioridad, dependencia y sumisión, y a recortar soberbias y petulancias. Porque esa medida está presente en todo el campo semántico de la común/icación, del deseo de relación y de compartir deseos, y nos permite buscar el lugar que nos puede unir, incluso identificar puntualmente, con otra (o). La solidaridad es un valor que ha engendrado en nosotras esa medida (y nada tiene que ver con los valores judeocristianos de caridad, generosidad o fraternidad/sororidad, que permanentizan desequilibrios interesados, ya sea económicos, familiares y/o raciales...).

La medida de la igualdad ha estado y está presente en el desarrollo del feminismo de la emancipación y ha sido fundamental para nuestro crecimiento individual y genérico. Porque en nosotras y en nuestra práctica es una medida flexible y revisable, no antagónica a la medida de lo individual y de lo diferente, sino concedora de ella y respetuosa con ella. Las actitudes políticas que hemos vivido en el marco de la igualdad informan de realidades relacionales afirmativas, que no toleran la división lingüístico-teórica singular/plural, crecer hacia dentro/hacia fuera, a no ser que dijéramos burdamente que hemos vivido dos crecimientos distintos, el del yo y el del nosotras. Estas experiencias políticas, estas común/icações han hecho y hacen también mundo simbólico.

Es triste que algunos de los discursos teóricos actuales de la diferencia sexual sean recurrentes en introducirse descalificando globalmente el feminismo de la emancipación, con reducciones como "quiere medirse con el hombre", "sólo busca cuotas de participación", "le estorba la experiencia individual". Tales reducciones sólo son, sin duda, experiencias personales y particulares y debilitan un discurso que no necesita medirse con ningún otro para decirse, porque creemos sinceramente que es un discurso superador que no excluye ninguna "historia de mujer", que no propone renunciar a ninguna instancia de nuestra experiencia. Sólo existe una política que merece estas simplificaciones porque sí se reduce a ellas. Sólo existe una política que obliga a las mujeres a seguir negándose: la política "democrática" del patriarcado, la que establece *cuál* es la medida de

la igualdad, convirtiéndola en arrasadora. Es la política de las sociedades del bienestar, que no del bienser. Esta política realiza la quintaesencia del patriarcado, premiando o castigando paternalmente la participación o la paridad. Es una política penosa, de valores numéricos, abstractos, descorporeizados, que para cualificar cuantifica. Es ella, la política de siempre. Es cierto que ha seducido a algunas mujeres que se sienten como hombres. Y es cierto también que existen mujeres feministas que persisten en ella en un obsesivo y generoso (aunque mecánico) deseo, de "hacemos un espacio en cualquier sitio", como si el *estar* fuera previo al *ser*. Y, en este sentido, el discurso de la igualdad ha tocado techo. Está teóricamente agotado. En la práctica sólo tiene sentido cuando se relaciona con la denuncia de la injusticia social y de la discriminación sexual. Pero no puede engendrar respuestas afirmativas para la mujer, para el mundo, porque esas respuestas reclaman creación, innovación (¿revolución?). Reclaman diferencia. Qué ciega, por su parte, nos resulta la retórica de la igualdad, cuando no se resigna a concluir, cuando se nos afirma que el discurso de la diferencia asume el modelo de "mujer jerárquica, posesiva, etnocéntrica, clasista y adulta"¹⁹ o que "las mujeres de la diferencia pueden permanecer satisfechas en la inmovilidad ya que sus deseos se cumplen cotidianamente"²⁰. Esta ceguera y esta resistencia sí que es, para nosotras, conclusiva.

En este estado de cosas, emerge con rebeldía e insumisión el pensamiento de la diferencia sexual. Reaparece como una sana "desmedida". El pensamiento de la diferencia sexual es, sin duda, el pensamiento de la libertad. En la libertad individual reside la fuerza de romper moldes. Y la libertad sólo es concebible, sentible y vivible desde dentro, desde "yo misma". Jamás como fórmula normativa o heredada, jamás como algo que se me otorga desde fuera. Esto es harto sabido, ni siquiera se trata de una interpretación sexuada. De hecho, hoy en día reaparecen con fuerza las filosofías y actitudes que se centran en el yo y reivindican libertad: los pensamientos románticos. Mayoritariamente son pensamientos masculinos, resistentes al racionalismo ilustrado y a los planteamientos de modelos igualitarios. De la misma manera aparece la recuperación nostálgica

de épocas históricas que no concebían la igualdad (ni entre los sexos, ni entre los hombres) sino que concebían un mundo estructurado en base a diferencias radicales, aunque "convenientemente" jerarquizadas. Nos referimos específicamente a la Edad Media, época recuperada por todos los romanticismos. Estas "filosofías" brillantes y creativas (y muy misóginas, por cierto) son concomitantes con el pensamiento de la diferencia sexual, por lo menos en dos puntos: en su temática -la autorreferencialidad- y en su proceder -el rechazo al racionalismo-.

¿Cómo podrá el pensamiento femenino "atravesar" la circularidad de estos discursos esquivando parte de sus conclusiones, a nuestro modo de ver nada deseables, como la tragedia romántica de la soledad, el nihilismo, el autismo o el egotismo obsesivo? ¿Cómo resolveremos nuestro simbólico afirmativo que intuimos vital, "natal" y no mortal y trágico? ¿Bastará partir de cero y desde mí? ¿Negaremos la historia que nos ha negado? ¿Cómo construiremos un mundo que simbólicamente nos afirme y sostenga realmente como mujeres? Quizás escribiendo una historia "sin monumentos", tal como plantea Luisa Muraro²¹. ¡Qué tentadora y brillante proposición y qué inteligente elección como metáfora de libertad en ese "sin monumentos". Queremos librarnos del peso plúmbico de los monumentos. Sin embargo, si renunciamos al pasado de forma nietzscheana ("para construir hay que demoler") quizás no podamos evitar el peso del "eterno retorno" y construyamos nuevas catedrales. Por otra parte, como se ha podido observar a lo largo de este artículo, no queremos ignorar ni olvidar siquiera a nuestros padres, porque la memoria permite que nuestro presente rompa los parámetros autoritarios de espacio y tiempo y nos ayude a crecer con experiencia sabia y sabia esperanza.

En realidad, la cuestión radica en modificar el punto de mira. Nuestro punto de mira como mujeres ha sido, hasta ahora, liliputiense y nuestra historia se nos mostraba onerosamente monumental, como una carga heredada que no nos permitía entrar desnudas en el presente. Desde otro mirador las proporciones cambian. Se redi-

mensiona el mundo a partir de nuestra centralidad y devolvemos la medida y el sentido que reclaman los hechos ²², ya sin peso. No es necesario ignorarlos. Este nuevo mirador no lo puede encontrar una mujer sola. Las mediaciones femeninas, pilares de la política de la diferencia, resultan básicas. Y es aquí precisamente donde queremos proponer la reflexión sobre la estructura de la amistad entre mujeres. Amistad sexuada que contiene y guarda como un tesoro formas de conocimiento, autoconocimiento y de relación diferentes por "indiferencia" ante la concepción neutra/masculina del mundo y que puede crear vida como si fuera poesía:

...fundar ritmos

y desvelar sentidos.

Pero sinceramente haciendo. Pero sin pesos ²³.

La amistad entre mujeres es una forma de mediación femenina prácticamente "universal", elegida libremente, determinada por el deseo y muy antigua, quizás eterna. No posee ni un *tiempo*, ni un *espacio* propios, ni tampoco un *número* preciso de miembros, como ocurre en otras relaciones institucionalizadas. La amistad "okupa", roba, tiempos y espacios a lo cotidiano, a lo legal, y se expande en números no predeterminados. Por eso cuando una mujer siente y desea ser libre y la amistad entre mujeres ocupa un lugar central en su vida, también ella, con ellas, van "okupando" espacios y tiempos cada vez más amplios y van elaborándose así unas redes insumisas, diferentes, sexuadas, construidas a partir del deseo de las mujeres de *ser* y *estar* felices en el mundo. La amistad ha sido siempre "indiferente" a las leyes que le son externas.

El patriarcado no ha podido eliminar esta relación entre mujeres - aunque repetidamente se muestra celoso y agresivo con ella- y ha optado por intentar reducirla al infantilismo, supuestamente femenino, al igual que lo ha hecho con otras relaciones que cuestionan también, por esencia, la estructura patriarcal, como el amor lésbico. De este modo, la amistad entre mujeres se ve tradicionalmente caracterizada como una relación doméstica en la que se recuerdan

relaciones infantiles y se habla de los "adultos", es decir, de ellos, de los hombres, que emblematizan los únicos deseos que supuestamente pueden tener las mujeres. Esta visión perversa de la amistad entre mujeres implica competencia y rivalidades entre ellas. Algunas mujeres viven así su experiencia de amistad femenina, la viven de una forma "mal traducida". Y esas mujeres, con los años, van perdiendo autonomía y seguridad porque no son capaces de mantener confianza y respeto ante una relación no patriarcal. A menudo, sostienen irracionalmente una especie de atavismo imprescindible en unas relaciones formales, nostálgicas y superficiales entre amigas (una o dos cenas al año, regalito de cumpleaños, comunicación telefónica -un posible símbolo de instrumento patriarcal, ya que separa, de manera sutil y casi imperceptible, el cuerpo de la palabra. etc., etc.). Esta manera patética de conservar el estado infantil nos parece, por otra parte, un rito muy sintomático. Como lo es también la tristeza e inseguridad que emanan de una mujer incapaz de tener amigas. Por el contrario, otras mujeres fuertes, libres y/o felices, a veces incluso sin ser conscientes de ello, han mantenido y mantienen con gran esmero su relación de amistad entre mujeres y la sitúan en un lugar central de sus vidas.

Curiosamente, el pensamiento de la diferencia sexual, que sí reconoce y piensa estructuras de conocimiento y relación autónomas femeninas, que tan bien ha elaborado la recuperación de la relación madre/hija y las relaciones genealógicas y de autoridad femeninas, ha profundizado muy poco en el tema de la amistad entre mujeres. ¿Se resiste a considerarla como una estructura independiente como si fuera un ámbito confuso y desordenado, infantil e inmaduro?.

El orden de la amistad

*...Porque mi amiga
es un yo para que haya
un volar de edificios entre patos silvestres
y una locura espiral de vilanos
y plagas de termitas en las barricadas*

del orden;

*para que haya una afirmación tropical de la vida
aguda, estupenda.*

Para que haya ríos ²⁴.

Bajo nuestro punto de vista, la amistad entre mujeres consiste en compartir los mismos deseos de gozar y modificar el mundo, reconocer y reconocerse, saber y prolongar el amor materno dentro de un orden horizontal y de presente.

Las amigas son el resultado de las primeras relaciones personales libres y elegidas, que suelen suceder como resolución de un primer conflicto con el mundo, el conflicto del yo y lo otro. La mujer, en esta relación, actúa con el referente de amor y de vida materno y busca en las (s) amigas (s) una reelaboración de ello... diferente..., ya que necesita horizontalidad en su vivir, necesita romper sin dolor la verticalidad de su relación con la madre, que podría resultarle reductora e infantilizadora por disparidad coyuntural (el saber materno es demasiado prepotente, por experiencia, para acompañar la liberación del yo a su propia experimentación). La mujer que encuentra a una amiga debe conciliar en ella misma los binomios verticalidad/horizontalidad, historia-tradición/presente: la amiga no es la madre, ojalá lo fuera; la madre no es la amiga, ojalá lo fuera. La madre y la (s) amiga (s) nos centran en un yo diferenciado, preciso, que nos distingue de la madre y de la (s) amiga (s) porque es en ese mismo proceso donde aprendemos a distinguirlas. Con la (s) amigas (s) ponemos nombres propios al mundo que nos rodea. De esta manera nos situamos en él. La explicitación de este posicionamiento nos da autoridad sin necesidad de negar nuestro sexo. No obstante, la relación con el mundo no es sencilla y engendra nuevos conflictos entre nosotras, ya que en cada experiencia se ponen en juego la tradición y la innovación de cada una y la comodidad y rebeldía particulares. Los sentimientos pueden ser "encontrados" en todas las acepciones de la palabra. Las amigas discuten, se pelean, se separan, se renuevan. Cuanta más profundidad y explicitación adquieren estos conflictos, más madurez y libertad adquirirá cada mujer

y la relación misma, que, progresivamente, engendrará un marco referencial sexuado y autónomo, idóneo para la política en primera persona singular y primera persona plural, idóneo para la armonía del *ser* y el *estar*.

La estructura de la amistad entre mujeres es muy compleja pero no confusa. Es anárquica pero no desordenada. Engendra seguridad y autoridad pero no poder, ya que se trata de una relación que puede por esencia autogestionarse fuera del "orden patriarcal". Rosa Rosi²⁵ comentaba, refiriéndose a la amistad entre mujeres, que no podía realizarse en su plenitud si previamente no se habían "arreglado las cuentas con el Padre" y Asunción Villatoro²⁶ ejemplificaba esta relación, con la fuerza didáctica de la metáfora, contándonos como las palomas no pueden ovular si no cuentan con la presencia de otra paloma o con la imagen de sí mismas en un espejo. El paradigma de nuestra amistad es, sin duda, el sexo femenino y las mujeres establecen entre sí unos vínculos diferentes (quizás por indiferencia) a las demás relaciones sociales.

Es sabida -y generalmente descalificada- la pluralidad temática y de intereses de la amistad entre mujeres. Un grupo de mujeres puede hablar, resolver o reflexionar con la misma intensidad un hecho individual, privado, o un problema colectivo; puede dedicar el mismo interés a una fiesta que a una respuesta laboral. ¿Por qué? ¿Es eso caótico? La selección de prioridades está siempre marcada por el deseo de presente de las mujeres del grupo, por la fuerza e intensidad coyuntural del tema. La amistad no posee una escala inamovible de valores. La negación de un orden jerárquico de intereses permite un interés en considerar todos los órdenes.

Bajo nuestro punto de vista, el lugar de la amistad tiene la validez de "ombigo del mundo". No porque sea, aunque también lo es, un lugar de refugio y de defensa (estas cualidades las desarrollan mejor otras estructuras: sectas, conventos, partidos), sino porque podría definirse a partir de una doble dinámica centrípeta (gozosa, reflexiva, autoconsciente, autoafectiva) y centrífuga (afirmativa, activa, decisiva,

proyectiva). De manera que la amistad, como "defensa y refugio del mundo", puede ser sinónima de "acción política y transformación del mismo". Ser mujer en el marco de la amistad femenina puede significar *estar* en el mundo con otra manera de *ser*. Elaborar mi "yo" dentro de la amistad, liberar mi subjetividad, es configurar inevitablemente lo que unos párrafos antes llamábamos "el subjetivo común", darle orden simbólico, darle "sentido común sexuado".

Los vínculos que liberan

...Ella no es mi conciencia ni mi espejo, mi teoría ni mi sueño. Tampoco es un proyecto ni una espera ni un complemento ni una historia acabada o una historia inservible. Tiene ojos y cuerpo y una vida funcionando al margen de la mía que funciona al margen de la suya. No es una utopía ni una metáfora. Bebe, come, duerme, llora, sufre, goza, juzga... Lo prodigioso es que eso, todo eso, es capaz de hacerlo conmigo. No es mi conciencia ni mi espejo. Es mi amiga ²⁷ .

La amistad entre mujeres se estructura a través de unos lazos que pueden expresar diferencia femenina y desde ella pueden resignificarse muchos conceptos y restituir muchos sentidos. En primer lugar, la amistad es una relación de contraprestación libre y elegida y sus vínculos son claros y explícitos porque no existen normas o presiones externas que los determinen ni que "aseguren" su conservación, como ocurre en otras relaciones institucionalizadas. Los vínculos surgen del deseo/necesidad y se revisan periódicamente en calidad de prestación/contraprestación. Nadie elige ni mantiene una amistad no compensadora y si la compensación se acaba, la amistad se disuelve sin penalización externa o "legal" y, nosotras añadiríamos, sin perjuicio para la amistad como estructura relacional, que se ve reforzada por su carácter sincero y resolutivo.

La riqueza que circula entre las amigas no es cuantificable en términos de "riqueza patriarcal": fortuna, prestigio, poder... Precisamente la persistencia de este orden patriarcal y sus valores en las estructuras de amistad femenina está en relación directa con la

persistencia de constituyentes como la envidia, los celos, la competencia. No olvidemos que existen mujeres que se adhieren a la amistad, consciente o inconscientemente, para espantar la soledad, por miedo a estar solas consigo mismas o en espera "distraída" hasta que aparezca el Padre-Príncipe rescatador. O también se funden y se confunden, mienten y se mienten utilizando a las amigas como sustitutivo insatisfactorio de ese "ideal". Estas actitudes elaboran mucha resistencia a la amistad entre mujeres ("me aburro con mujeres solas, me siento más cómoda si hay hombres"...) Todo ello es cierto y puede otorgar a la amistad la apariencia de fuente de dolor y de frustraciones. Pero asimismo es cierto que no hay ningún caso de mujer libre, feliz, creativa, autónoma, que no nos remita a otras mujeres y a una relación de amistad femenina como orden amplio que contiene multiplicidad de posibilidades. Y sobre todo nuestra experiencia nos permite afirmar que no reconocemos en nosotras ninguna afirmación como mujeres que no nos remita a nuestra relación con las amigas.

La mediación femenina de amistad se consolida y se hace imprescindible en la superación sexuada de todo tipo de conflictos y engendra unos valores vivos y funcionales, capaces de resignificar el mundo. La solidaridad que se gesta en la amistad atraviesa toda referencia a las condiciones materiales y es indiferente a la igualdad. El "sentido común sexuado" engendra, más que solidaridad, complicidad entre mujeres; complicidad que va más allá de las clases sociales, las fronteras y los idiomas, porque parte de la experiencia vivida (soy cómplice fundamentalmente de lo que comprendo en mí).

La amistad es, después de la relación con la madre, el lugar de experiencia idóneo para referenciar autoridad femenina y resulta, por tanto, fundamental para el resto de nuestras relaciones. La amistad promueve el intercambio de referencias autorizadas en órdenes diversos y dispares; posibilita la circulación y contraprestación de autoridades diferentes e incluso concilia órdenes y actitudes divergentes: la mujer lúcida y verbalmente potente autorizará y se autorizará cuando exprese "lo que no puede decir" la que siente

poderosamente la duda, la contradicción, la que muestra autoridad/sinceridad en el desasosiego. Los valores se contraprestarán por exigencias coyunturales y por respeto y bondad otorgados a las diferencias, que sólo se explicitan y desarrollan en un marco afectivo sólido, heterodoxo y tolerante como la amistad femenina. Es decir, todo trabajo político realizado fuera de la amistad producirá riqueza valiosa para las mujeres si mantiene vivo y engendra de nuevo este "sentido común sexuado" propio de la amistad femenina.

Estructura expansiva

*...Cuántas mujeres por todas partes
que no me enseñaron las biblias
ni los archivos
ni las encuestas del cosmos
de papel y ceniza.*

¡Cuántas mujeres por todas partes! ²⁸

La amistad crea excedentes y comporta deseo de exportación. Sus vínculos no se rigen por reglas de asiduidad, de fidelidad, de exclusividad o de monopolio. En realidad, la única ley que rige la amistad es la lealtad a una misma y a una relación satisfactoria. La autenticidad, el espíritu crítico y exigente y el deseo de compartir gozos, consolida una estructura que crece en número y en intensidad a medida que crecemos nosotras mismas. La amistad se convierte en una fuente de placer progresivo, cuando otras estructuras sociales se aletargan o decrecen por rutina o por tradición.

Nosotras conocimos conscientemente el valor de la amistad al politizarnos con nuestras amigas dentro del feminismo de la emancipación, concretamente a partir de mediados de los setenta y dentro de esta estructura hemos atravesado distintos momentos históricos, distintas actitudes políticas y distintos ámbitos sociales. La amistad fue un lugar idóneo para una crítica enriquecedora, allí aprendimos y nos aprehendimos, nos dimos fuerza, logramos ser explícitas y

entendimos nuestra libertad al poder plantear y elaborar un conflicto con los demás, con las mujeres, entre nosotras, con nosotras mismas... Las discusiones, las confrontaciones y las coincidencias, constituyeron nuestro primer "desplazamiento de significados", nuestro "sentido común propio": la práctica política nos resultó gozosa, era vida, creaba lazos, nos liberaba y nos comprometía. Hoy nos gusta interpretar los movimientos feministas emancipatorios como grandes redes de mujeres amigas que pronto superaron el marco político de "igualdad patriarcal" y dieron a la política de las mujeres esta especificidad inclasificable: "¿Qué queréis las mujeres? ¿Cómo se organiza el movimiento feminista? ¿Es asambleario? ¿Es verdad que no existen jerarquías? ¿Por qué se apoyan entre sí mujeres que están en tan distinta onda? ¿Las desengañadas de la igualdad hacen política de la diferencia ahora? ¿Y las de la diferencia, acaban metiéndose en el Parlamento Europeo?"

Actualmente, la práctica emancipatoria, la evolución de los acontecimientos mundiales y la reflexión postmoderna nos han dejado sin propuestas generales convincentes. La diferencia nos "conforta" con este semi-universal genérico por redimir, pero hemos aprendido a no imponer y a no aceptar imposiciones generalizadoras. En una situación mundial tan poco resolutiva y tan poco respetuosa con las diferencias y las disparidades, la resistencia a los universales se hace vital, se hace condición de supervivencia. Sin embargo, nosotras no sentimos la "debilidad" de lo coyuntural, de lo relativo, del "sólo aquí y ahora". Reconocemos no haber perdido del todo las ansias de "universalizar" nuestro sexo, el deseo de ser nuestro sexo con mínimos o máximos comunes que refuercen también nuestra individualidad. Y sobre todo creemos en aquella "promesa de verdad", a la que aludía Enriqueta Sussi ²⁹ al hablar de su relación con la ciencia, que nos empuja a investigar, a vivir y a escribir lo que es ser mujer como algo óptimo, como algo tan exportable como el orden de la amistad, estructura relacional sexuada y preparada para hospedar en las mejores condiciones también al otro sexo y a otras diferencias.

Existen relaciones descompensadoras, intolerantes, competitivas,

jerárquicas, que encumbran aplastando. El marco patriarcal promueve tales relaciones como una lucha a muerte contra el miedo, la soledad, la nada. Y existen relaciones de contraprestación explícita, compensadora, sincera, que resuelven, que hacen mundo por amor a la vida.

Dar fuerza y valor político a la amistad entre mujeres es para nosotras devolverle el sentido reclamado y auténtico a una estructura tan eterna y tan radicalmente sexuada.

Dar fuerza y valor político a la amistad significa nombrar la importancia y el compromiso libre en las relaciones humanas, nombrar la riqueza que produce y exportarla sin modestia ni privacidad. Desde la amistad queremos resignificar el amor.

Esta es nuestra experiencia y nuestra esperanza política. Así lo hemos vivido y así lo hemos escrito.

notas:

1. Atencia, M^o Victoria (1990) *Antología poética*, Madrid, Castalia, p. 56.
2. *Recuerdos* (1985), poema inédito de Teresa Sanz.
3. Ernestina Champourcin (1993) *Del vacío y sus dones*, Madrid, Torremozas, p. 26.
4. Santa Teresa de Jesús (1967), *Las Moradas*, Barcelona, Juventud, p.147.
5. Ernestina Champourcin, ob. cit., p. 25.
6. Virgili, Carmen (1994), "Mary Woolstonecraft pionera de la libertad", *Viejo Topo* n^o 71, p.8.

7. Muraro, L. (1994) "El amor como práctica política", *Viejo Topo*, 74, pp. 13-14.
8. Abelló, Montserrat (1990) *Foc a les mans*, Barcelona, Columna, p. 26.
9. Atencia, M^a Victoria (1990) *Ob. cit.* p. 158.
10. Luce Irigaray (1984), *Étique de la différence sexuelle*, París, Minuit.
11. Luisa Muraro (1994), "Autoridad sin monumentos", *Duoda*, 7, p. 93.
12. Muraro, L. (1992), "L'orientamento della riconoscenza". En Diotima *Il cielo stellato dentro di noi. L'ordine simbolico della madre*, p. 18.
13. Atencia, M^a Victoria (1990) *Ob. cit.*, p. 79.
14. Diotima (1990) *Mettere al mondo il mondo. Oggetto e oggettività alla luce della differenza sessuale*. Milán, La Tartaruga.
15. Luce Irigaray (1992), *J'aime à toi*, París, Grasset, p. 19.
16. Traducción española de *J'aime à toi*, Barcelona, Icaria, 1994.
17. *Vindicación* (1995), poema inédito de Carmen Gil Pou en *Mujer frente al cielo y la palabra*
18. Milagros Rivera (1994), Recensión sobre la Revista *Via Dogana* en *Duoda*, 6, p. 190.
19. Amparo Moreno (1993), "La subjetividad oculta de la objetividad o la esquizofrenia académica", *Duoda*, 4, pp.25-26.
20. Lidia Falcón (1994), "El movimiento feminista y el drama laboral de las mujeres", *Viejo Topo*, 75, p. 68.
22. Adriana Cavarero (1992), "Ermeneutica della differenza", *Feminismo, Filosofia y Ciencia*, tomo II, Valencia, 708/4.
23. Fragmento de un poema inédito de Carmen Gil Pou en *Ob. cit.*

24. Fragmento de un poema inédito de Carmen Gil Pou en *Ob. cit.*

25. Conferencia de Rosa Rossi sobre "La amistad entre mujeres", *Jornades de Cinema de Dones. Una càmera pròpia* organizadas por el CIHD, 19 octubre-22 noviembre, 1994.

26. Conferencia de Asunción Villatoro sobre "L'aparença del cos", *Jornades de Cinema de Dones. Una càmera pròpia* organizadas por el CIHD, 19 octubre-22 noviembre, 1994.

27. Maruja Torres (1994), "Ella", *El País*.

28. Fragmento de un poema inédito de Carmen Gil Pou en *Ob. cit.*

29. Enrichetta Sussi (1992), "Autorità scientifica, autorità femminile", *Feminismo, Filosofia y Ciencia*, tomo II, Valencia, 708/2.